

CALENTAMIENTO SOCIAL

SOCIAL WARMING

El clima cambió. Hace unos meses, cuando decidimos hacer un número sobre ecología difícilmente pensamos que nos tocaría hacerlo en un país con un ambiente tan enrarecido. De tanto escuchar la palabra sustentabilidad se nos había olvidado reparar en lo más obvio: que el sistema no se sustenta. La primavera chilena de este 2019 reencauzó la conversación y retrotrajo el horizonte a mediados de los años setenta cuando, mientras en Chile se violaban los derechos humanos, la crisis climática surgía como tema de preocupación entre los científicos alrededor del planeta. Como resultado de las manifestaciones, el país se vio obligado a cancelar su rol de anfitrión de la COP25, el evento anual de la ONU donde políticos y expertos se reúnen para discutir medidas para mitigar el cambio climático.

Hace unos meses, cuando publicamos el llamado de este número de ARQ – y siguiendo la analogía cromática de David Harvey (1998) entre el verde del dinero y el de los árboles – establecíamos la asociación entre economía y ecología, esbozando un vínculo causal entre el sistema de desarrollo de los últimos siglos y el cambio climático. Éramos conscientes de la violencia con que los humanos habíamos tratado el planeta. Pero se nos había olvidado la violencia estructural con la que tratamos a nuestros propios compatriotas menos favorecidos.

Hace unos meses, con la certeza que nos daba nuestro precario aparataje de conocimientos y referencias, sabíamos que el planeta no iba a desaparecer por el calentamiento global, sino que sería nuestra especie. Por eso argumentábamos que los más pobres serían las principales víctimas del cambio climático. Pero no éramos conscientes – ni nos habíamos preocupado de serlo – de que, con o sin cambio climático, ellos ya eran víctimas de este sistema.

Hace unos meses nos apenábamos por los incendios en el bosque amazónico en Brasil o en la catedral de Notre Dame en París. Hoy quedamos atónitos tras ver ese fuego quemando edificios y bloqueando calles en las que nos movemos a diario. Pero no nos dábamos cuenta de que la destrucción producida por el fuego es tan violenta como el ambiente en el que viven miles de familias en nuestras mismas ciudades, allá donde no llegan las cámaras y desde donde el humo no se ve.

Ante eso, las revistas son instrumentos lentos. No pueden ni les corresponde responder a la contingencia. Aún así, el contenido de este número de ARQ bien puede ser un espejo que refleje de otra forma lo que está pasando. Por ejemplo, la misma ceguera que tenemos hacia las plantas – como argumenta Rosetta Elkin – es la que teníamos respecto de las injusticias. El mismo desdén hacia las plantas de tratamiento de aguas – en el artículo de Silvia Lavin – es el que mostrábamos hacia la

The climate changed. A few months ago, when we decided to dedicate an issue to ecology, we never thought we would have to do it in a country with such a rarefied environment. After relentlessly hearing the word sustainability, we forgot to attend to the most obvious: the system's inability to sustain itself. The Chilean spring of this 2019 refocused the conversation and rolled back the horizon to the mid-1970s, when, while in Chile human rights were violated, the climate crisis emerged as a matter of concern among scientists around the planet. As a result of the uprising, the country was forced to cancel its role as host of the COP25, the UN annual event where politicians and experts meet to discuss measures to mitigate climate change.

A few months ago, when we published the call for this issue of ARQ – and following the chromatic analogy of David Harvey (1998) between the green of money and that of trees – we established the association between economics and ecology, outlining a causal link between the development system of the last centuries and climate change. We were aware of the violence with which humans have treated the planet. But we had forgotten, however, the structural violence with which we treat our own less favored people.

A few months ago, with the certainty given by our precarious apparatus of knowledge and references, we knew that what is in danger of disappearing due to global warming is not the planet, but us as a species. That is precisely why we argued that the poorest would be the main victims of climate change. But what we failed to take into account – or even consider – was that, with or without climate change, they were already victims of this system.

A few months ago, we were in mourning for the fires in the Amazon forest in Brazil or in the Notre Dame cathedral in Paris. Today, we are stunned by burning buildings and flaming barricades blocking the streets in which we move daily. And still, we failed to realize that the destruction caused by the fire is as violent as the environment in which thousands of families live in our cities, far from the spotlight and from where smoke is not seen.

In the face of these situations, magazines are slow instruments. They cannot and should not respond to contingency. However, the content of this issue of ARQ may very well be a mirror that reflects in another way what is happening. For example, we are blind to plants – as Rosetta Elkin argues – in the same way we are blind to injustices. And the disdain we show for water treatment plants – in Silvia Lavin's article – is the same we show for economic inequality. The chemical strategies used in the United States

FRANCISCO DÍAZ

Editor revista ARQ,
Profesor Asistente, Escuela de Arquitectura,
Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile

desigualdad económica. Las mismas estrategias químicas que se utilizaban en Estados Unidos para mantener verdes los jardines suburbanos – en el texto de Romy Hecht – son las que se utilizan para mantener el orden público y dispersar manifestantes en las ciudades chilenas (pesticidas en el primer caso, bombas lacrimógenas en el segundo). La misma espectacularidad ineficiente con que el gobierno australiano defiende el gran arrecife de Coral – en la propuesta de Grandeza – es la que ha tenido a Chile sumido por semanas en la incertidumbre. La misma relación con la naturaleza como cantera de materias primas – en el argumento de Booth – es visible en aquellas relaciones laborales que entienden al trabajador como un recurso humano explotable, lo que lleva a la ruptura de la cohesión social. El mismo desarrollo que arrasa los paisajes naturales – en los dibujos de Klaus – es el que también arrasa con la naturaleza humana y lleva a la alienación. Y así sucesivamente.

Esas analogías son posibles porque el estallido social tiene la misma estructura que la catástrofe ecológica: ambos han tenido una cocción lenta que los hacía casi imperceptibles, hasta que finalmente explotan y paralizan la vida cotidiana como la conocemos. Ambos, también, venían anunciándose hace tiempo, dando pequeñas señales que habíamos preferido pasar por alto.

¿Qué puede decir la arquitectura sobre esto? No lo sabemos. Es de esperar que los arquitectos estemos a la altura y no sólo miremos desde la altura, como estábamos acostumbrados. En el debate de una nueva Constitución hay un espacio donde podemos contribuir a repensar nuestra relación con el planeta.

Debemos recordar, sin embargo, que el debate constitucional por sí solo no resuelve el cambio climático. Que hayamos dejado de hablar de su amenaza no lo hace desaparecer. Sigue ahí, avanzando en silencio mientras miramos atónitos el fuego en nuestras ciudades. Y tampoco debemos olvidar que no fueron ni los animales ni los vegetales los que acuñaron conceptos como ecología o economía. Nosotros, los humanos, somos los causantes de todo, lo bueno y lo malo. Fuimos, de hecho, los causantes del calentamiento global. Es de esperar que eso no quemé el último cartucho que nos queda: nuestra propia humanidad y sus derechos. **ARQ**

to keep suburban gardens green – in Romy Hecht's text – are a correlation of the ones used to maintain 'public order' and disperse protesters in Chilean cities (pesticides in the first case, tear gas in the second). And the spectacularized inefficiency with which the Australian government defends the Great Barrier Reef – in Grandeza's proposal – is precisely what has had Chile plunged into uncertainty for weeks. Likewise, the relationship with nature as a quarry for resources – in Booth's argument – is visible in labor relations that understand the worker as an exploitable human 'resource,' which inevitably leads to the breakdown of social cohesion. And the development that devastates natural landscapes – in Klaus' drawings – is the same one that destroys human nature and leads to alienation. And, unfortunately, we could continue.

These analogies are possible because the social outbreak shares the same structure as the ecological catastrophe: both have been slow-cooked, making them almost imperceptible until they finally burst and paralyze everyday life as we knew it. Both, too, had been announcing themselves for a long time, giving small signals that we chose to ignore.

What can architecture say about this? We do not know. Hopefully, architects will be up to the task and not only look from the heights, as it became the custom. There is space in the debate for a new constitution where we can contribute to rethinking our relationship with the planet.

We must remember, however, that the constitutional debate by itself does not fix climate change. The fact that we have stopped talking about its threat does not make it disappear. It is still very much there, inadvertently advancing while we stare stunned at the fire burning our cities. And we should not forget either that neither animals nor plants were the ones that coined concepts such as ecology or economics. We, the humans, are the cause of everything, be it good or bad. We were, in fact, the cause of global warming. Let's hope it does not burn the last resort we have: our own humanity and its rights. **ARQ**

Bibliografía / Bibliography

HARVEY, David. «What's Green and Makes the Environment go Round?»
En: *The Cultures of Globalization*. Fredric Jameson & Masao Miyoshi
(Eds.). Durham & London: Duke University Press, 1998: 327-355.